

Iglesia sin pensar jamás en separarlos de su comunión. Recibieron, pues, Francia y Alemania el segundo Concilio de Nicea, desde que se dió tiempo para examinar el asunto, y ver las imposturas, abandonando las preocupaciones que habian sido causa de que no le admitiesen los Padres de Franefort y los de la conferencia de París.

Púsose en claro esta cuestión principalmente con motivo de los sucesos en que se precipitó Claudio, obispo de Turin. Era este de nacion español, y habia bebido el amor á las novedades en la escuela de Felix de Urgel (1); y habiendo perdido la fé, que es indivisible, abrazó fácilmente los errores de los iconoclastas y se escedió mas que la mayor parte de estos. Habia tenido ocultos sus sentimientos, temiendo que le perjudicasen para elevarse en la eclecía; pero así que satisfizo su ambicion, arrojó sin reparo la mascarilla, y á la primera visita que hizo á su diócesis, hizo pedazos en todas las iglesias no solamente las imágenes, sino tambien las cruces, y con el mismo furor se declaró contra la veneración de las reliquias y la invocación de los Santos. Un atentado tan escandaloso sublevó á su pueblo, el que con el vigor de su resistencia mostró cuál era el verdadero estado de la creencia entre los mismos súbditos de los monarcas franceses. «No respondieron estos á algunas reconvenções que quiso hacerles, segun el testimonio que él mismo da en sus cartas), nosotros no creemos que haya nada divino en la imagen que veneramos; pero la respetamos y honramos atendiendo á aquel que ella nos representa.»

Apresuráronse por todas partes á confundir la impiedad de Claudio: el abad Teodomiro, que habia sido amigo del hipócrita antes que se despojase de la mascarilla, y

(1) Mabill. prof. in sac. 4 num. 23.

Dungal, recluso en el monasterio de San Dionisio, creyeron que el espíritu de retiro y las reglas de su estado no se oponian á que empleasen sus talentos en atajar el contagio que amenazaba á la Iglesia en el Occidente, y así fueron los primeros que tomaron la pluma para contener ó desacreditar al innovador (1). «¡Qué orgullo, dice Dungal, pisar y despedazar con desprecio lo que por mas de ochocientos años, esto es, desde que se estableció el cristianismo, han consentido los Santos Padres y los príncipes mas religiosos, mandando que en las iglesias y aun en las casas particulares hubiese imágenes para gloria de Dios! ¿Podrá colocarse en el número de los cristianos á aquel que no admite lo que toda la Iglesia recibe?»

El emperador Luis dispuso que los obispos condenasen los escritos que se atrevió Claudio á publicar en favor de su impiedad, y despues envió un extracto de ellos á los mas sabios del reino, para que los refutase. Jonás, obispo de Orleans; Agobardo de Lyon; Valafrido, llamado Estrabon ó el Vizco, y otros muchos entraron en esta gloriosa lid; pero entre estos doctores tan elogiados se enomia principalmente el modo prudente y exacto con que se explica Valafrido. Sostiene que no se deben condenar los honores que se dan á las imágenes, con tal que sean moderados, y que no es razon para arrojarlas de los templos el abuso que algunas personas simples puedan hacer de ellas (825).

La obra de Jonás no corresponde bien á la reputación que este autor gozó en su tiempo. No hay en ella exactitud ni en los razonamientos ni en las reflexiones; en lugar de argumentacion se ven chistes frios y puerilidades que merecen mas burla que lo mismo que quiere censurar. Así sucede

(1) Biblioth. PP. pag. 900 et seq.

cuando se rie de su contrario con el equívoco de su nombre, diciendo que no es de extrañar que no camine derecho por las sendas de la verdad, supuesto que se llama Claudio, nombre que segun la etimología latina quiere decir cojo. Es verdad que Jonás se hallaba en posicion muy delicada en semejante disputa por su modo de sentir, porque él adoraba la cruz, mas no aprobaba el culto de las imágenes, y hacia aun mas manifiesta esta inconsecuencia, queriendo explicar el principio sobre que fundaba unas prácticas tan diferentes: «No adoramos, decia, la cruz como una divinidad; y si la besamos, no es por la madera de que está formada, sino por amor al que en ella obró nuestra salud. Cuando se besa el Evangelio escrito con tinta en el pergamino, ¿se hace esto por ventura para honrar la tinta ó el pergamino? ¿No se besa por honrar al Verbo encarnado, cuyas palabras vivificantes están recogidas en el Evangelio?» Esto que él dice, es bien claro que milita igualmente por el culto de la cruz y por el de las imágenes.

Sin embargo, Jonás escribió algunas estimadas obras. Nada nos manifiesta mejor el caso que se hacia de su Institucion de los Reyes, dirigida al jóven Pipino, rey de Aquitania, que el testimonio del Concilio de Paris de 829 que le insertó en sus actas. En la Institucion de los legos, de que tambien es autor, no hay otra cosa notable que la perpetuidad de la tradicion en punto á la doctrina contenida en aquel testo que cita de San Gregorio: «los pastores de la Iglesia deben usar de grandes precauciones, tanto en atar como en desatar; pero que atenen justa ó injustamente, siempre debe el rebaño temer la sentencia.» Quéjase de que la mayor parte de los legos no comulgaban mas que en las tres grandes festividades del año, y recomienda la frecuente comunión con tal que se tengan las disposiciones necesarias.

B. del G., tomo XVII. — IV. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo II.

Tambien se atribuye á Jonás la historia de la famosa traslacion de San Huberto á la abadía de Andein en la selva de Ardenas. Valcando, obispo de Lieja, acababa de restablecer y reformar este monasterio, poniendo en lugar de los canónigos que le ocupaban, unos monges que le pidieron reliquias de San Huberto para dar mas lustre á su instituto; y en efecto fueron trasladadas á él en 30 de setiembre del año 825, despues de haberse hallado este santo cuerpo entero y sin corrupcion, y por esto el monasterio de Andein se llamó en adelante monasterio de San Huberto. Fueron tantos los milagros que allí obró Dios, que en el siglo XI se escribió de ellos una historia particular, por la que consta que ya entonces era invocado este santo obispo con maravilloso efecto para curar la rabia.

Agobardo, arzobispo de Lyon, de virtudes tan eminentes que mereció ser colocado en el número de los Santos, era de un genio muy ardiente y capaz de dar en grandes extravíos, como luego veremos; pero tenia una rectitud de alma y una magnanimidad tal que siempre los reparaba con ventajas. Fué tambien uno de los escritores mas célebres, y tal vez el mejor de su tiempo. El grande número de sus obras en todas materias, como sobre la ceguedad y obcecacion de los judíos, la heregía de Felix de Urgel, el uso de los bienes eclesiásticos, el duelo ó desafio, sin contar muchas de sus cartas que equivalen á tratados, muestran, además de la fecundidad de su entendimiento, la fuerza de su raciocinio, la pureza de su estilo, su erudicion y su gusto en las citas por lo regular bien escogidas, aunque demasiado largas y frecuentes. Escribió como Jonás con motivo de lo de Claudio de Turin sobre el culto de las imágenes: mas el obispo de Lyon, lo mismo que el de Orleans, deseando precaver los excesos que se reprendian en los griegos, se dejó

arrebatar al escollo opuesto por la impetuosidad de su genio, y esto con tal violencia que es mas fácil justificar su intencion que sus espresiones. Como es imposible que el mayor talento discorra con exactitud contra las verdades inespugnables de la fé, no parece sino que á Agobardo le abandonaron el raciocinio y la penetracion cuando quiso demostrar que era inútil el culto de las imágenes por la siguiente comparacion: « Asi como, dice él, mirando una pintura que represente segadores y vendimiadores, ó bien pescadores ó cazadores, no se aumenta nuestra provision de trigo, ni de vino, ni se espera comer de la caza ó pesca que se vió pintada; asi de ver pintados los ángeles bajando del cielo á la tierra, los Apóstoles predicando, los mártires padeciendo, no debemos esperar de ello auxilio alguno.» En nada se conoce tan claramente como en este insensato argumento la preocupacion en que estaba el autor. Si este hombre de talento hubiera estado exento de preocupaciones, él mismo hubiera conocido no solo la ridiculez y falta de exactitud de su comparacion, sino tambien lo frívolo de un argumento que se funda en la falsa suposicion de que esperamos nuestro socorro de las imágenes materiales, y no de la intercesion de los Santos, á quienes se refiere la veneracion que tributamos á sus figuras.

Los embajadores de Miguel el Tartamudo llevaron á Francia los escritos que se suponian ser de San Dionisio Areopagita, no habiéndose conocido en los cinco primeros siglos de la Iglesia, y habiendo sido citado por primera vez por los eutiquianos en el sexto siglo (a). Acreditóse con tan

(a) Véase acerca de San Dionisio Areopagita la nota que pusimos en el tomo primero pág. 146, donde copiamos parte de lo que sobre el particular dice el Rohrbacher. (N. del E.)

malos testigos la suposicion, y como un disparate rara vez va aislado, á Hilduino, abad de San Dionisio, que recibió el libro de los griegos como un presente del cielo, se le metió en la cabeza que el patrono de su monasterio era el mismo San Dionisio que el Areopagita, á quien no se dudaba atribuir aquellas obras. Dominado de estas preocupaciones, compuso una historia en la que contradiciendo sin prueba alguna á San Gregorio de Tours, á quien se contenta con acusar de simplicidad, dice que San Dionisio llegó á Francia siendo Papa San Clemente y que padeció el martirio siendo emperador Domiciano, y esto contra el testimonio de todos los monumentos (1). Intercala en su historia circunstancias llenas de simplezas y de ideas incoherentes; y así nos cuenta que habiendo cortado la cabeza al santo mártir, este tomó en sus manos la cabeza y la llevó muy lejos conducido por los ángeles. Con todo eso esta obra de Hilduino, por la que le llamaron el Areopagita, fué tan bien recibida que la mayor parte de los escritores posteriores han confundido los dos Santos Dionisios, y hasta los griegos dieron en este pensamiento. No se conocen sino San Adon de Viena y Usuardo que, en sus martirologios escritos poco despues de la muerte de Hilduino, distinguen á San Dionisio de París del de Atenas. Al frente de la disertacion de Hilduino, se lee la carta del emperador Luis, que le encargó escribir en honor del Apóstol de la Francia, y la respuesta del autor que declara las fuentes donde habia bebido, y son los escritos supuestos del mismo San Dionisio, la historia griega de un tal Aristarco enteramente desconocido, y las actas de un tal Virbio, á quien Hilduino señala como testigo ocular de los tormentos del santo mártir y del que existe otro escrito

(1) Ap. Sur. 3. pag. 6 et seq.

capaz por sus absurdos de desacreditar todas las producciones de su pluma.

Interesóse mucho Luis el Piadoso en estos descubrimientos, y amó mas á su primer capellan el abad de San Dionisio, y pareció olvidarse de que habia tomado parte en el último alboroto con otros muchos prelados de los mas distinguidos del reino (830). Tal era irremediamente el genio del príncipe, sin valor ni constancia; y tal fué la causa de las amarguras, humillaciones y pesadumbres que van á abrumarle, y los desórdenes y alborotos casi incesantes que iban á agitar y casi trastornar su imperio. El imperio de Occidente veíase afligido por todas partes por el desórden de las estaciones, la esterilidad de las tierras, la peste y el hambre, los estragos de los búlgaros en la Panonia, las amenazas y formidables ejércitos de los sarracenos de España, que estaban para invadir las provincias meridionales, los peligros y las calamidades; y Luis atribuyó el concurso de todas estas desgracias á los pecados del pueblo y á la depravacion de todos los órdenes del Estado que armaban el brazo vengador del Arbitro Supremo de los reinos y de los imperios. Hasta aqui nada mas digno de un monarca cristiano; pero en vez de emplear el poder de la espada que Dios le habia puesto en las manos para reprimir á los malvados, que son mas funestos al Estado que los azotes naturales, ó los enemigos estrangeros, dejó á los obispos el cuidado de reformar al pueblo, á los príncipes y al clero, y le pareció haber tomado las medidas suficientes haciendo celebrar cuatro Concilios en solo el año de 829, los cuales se congregaron en Maguncia, Paris, Lyon y Tolosa.

Por todas partes se hicieron reglamentos muy buenos y muy estensos si hemos de juzgar por las actas del Concilio de Paris, que son las únicas que nos quedan, y cuya prolijidad puede suplir la pérdida de

las otras. Allí se probó con elocuencia, respecto de aquel tiempo, por los ejemplos de los ninivitas, de Manasés y de la pecadora del Evangelio (que segun el B. R. es Maria, hermana de Marta y de Lázaro), que la penitencia es el medio seguro de desarmar la ira de Dios. No hay cosa mas constante que estos principios; y aunque era entonces grande la ignorancia, no era tan necesario establecerlos como ponerlos en práctica. Como el príncipe no tuvo autoridad para hacer observar lo que se habia ordenado, presto advirtió que la falta de esta ejecucion era el verdadero manantial de los males. La porcion mas ignorante del Estado, que es el simple pueblo, fué mas fiel á la obligacion que los grandes y que muchos prelados facciosos ó seducidos, que llegaron á olvidar hasta los derechos de la naturaleza y la magestad del trono, del que hicieron bajar al débil emperador (830).

Antes recibió una embajada de los de Suecia suplicándole que les enviase predicadores que les enseñasen las verdades saludables del cristianismo (1). Aseguraban los embajadores que su rey estaba dispuesto para permitir que los misioneros anunciassen libremente el Evangelio, y que sus súbditos le abrazasen. El emperador, aprovechándose de esta ocasion tan del gusto de su piedad, se ocupó desde luego en la conversion de los suecos. Preguntó al abad Vala, que habia vuelto á su confianza y casi siempre le tenia consigo, si hallaria entre sus religiosos algun varon apostólico á propósito para esta empresa. Le pareció que debia echar nuevamente mano del monge Anscario, que continuaba haciendo prodigios en Dinamarca, y que seria mas fácil hallar operarios capaces de recoger la cosecha abundante que él habia ya preparado, que desmontar una tierra cubierta de zarzas y

(1) Act. SS. Bened. Tom 6, pag. 85.

de espinas. Así, pues, hicieron le reemplazase al lado del rey Herioldo un santo varón llamado Gislemaro.

Se embarcó Anscario para la Suecia con Vitmaro, monge de la antigua Corbia, y antes de llegar experimentó su valor una prueba terrible. Los acometieron en el camino unos piratas que les quitaron los regalos del emperador para el rey de Suecia, sus provisiones, sus libros y todo su pequeño equipaje, de suerte que tuvieron que continuar su camino á pie y faltos de todo y entre innumerables incomodidades y peligros. Despues de atravesar por bosques y horribles desiertos, y pasado en débiles barcas varios lagos y brazos de mar, llegaron al fin á Birca, capital de los suecos que ya no existe, y estaba cerca del sitio en donde hoy está Stokolmo. A la primera visita del rey Biorno, reconocieron la verdad de cuanto sus embajadores habian dicho á su emperador Luis: el rey, con el parecer de su consejo, les dió entera libertad para predicar el Evangelio, y el fruto que hicieron en esta nacion recta, magnánima y admirablemente dispuesta para recibir la pureza y demas virtudes cristianas, los consoló en poco tiempo de lo mucho que habian tenido que sufrir. Presto les pidieron el bautismo y se prepararon con gran cuidado para recibirle. Arigario, gobernador de Birca, muy querido del rey, y uno de los principales señores de la corte, fué de las primeras conquistas de la gracia, á la que siempre hizo honor con su piedad, caridad y firmeza en la fé. Edificó una iglesia en sus Estados, y fué siempre el mas firme apoyo de la Religion en todo el pais.

A los seis meses de trabajo y de consuelo volvieron Anscario y Vitmaro á Francia para buscar medios de perpetuar su conquista. Llevaban para el emperador cartas escritas de la propia mano del rey de Suecia, segun el uso de aquella nacion,

menos bárbara que las que le daban este nombre, pues en ellas los grandes se gloriaban de no saber escribir. En sus cartas alababa mucho el rey á los dos varones apostólicos, y contaba los progresos que por su conducta admirable hacia en sus Estados la Religion del emperador. Luis, para asegurar y multiplicar estas conversiones, á imitacion de su augusto padre, creyó que lo mejor seria establecer allí cerca una Silla arzobispal con autoridad sobre todas las misiones del Norte, así para proveerlas de buenos operarios como para ordenar obispos en tiempo oportuno. Este habia sido el proyecto de Carlo-Magno, cuando dividiendo la Sajonia en muchos obispados á ninguno de ellos sujetó la parte septentrional que está al otro lado del Elba, teniéndola como en reserva, exenta de toda jurisdiccion episcopal, y sujeta á la direccion del simple sacerdote Heridach, á quien pensaba elevar al obispado. Las nuevas conquistas del Evangelio empeñaron á Luis á ejecutar sin dilacion lo que la muerte no permitió á Carlos perfeccionar; y así se eligió para metrópoli la ciudad de Hamburgo, sin tenerse que detener en la eleccion de metropolitano; porque la virtud, la capacidad y todas las circunstancias le determinaron á nombrar á Anscario, á quien el Papa confirmó, y le hizo legado de los paises septentrionales juntamente con Ebbon, arzobispo de Reims, que habia vuelto de aquellas misiones, pero siempre aficionado á aquella buena obra (830).

Los dos legados creyeron que convenia hubiese un obispo residente en Suecia, y con el consentimiento del emperador eligieron á Gausberto pariente de Ebbon. Este, así que le ordenaron marchó lleno de celo á la Suecia, y fué tan bien recibido del príncipe y de los pueblos, como lo habia sido Anscario. Edificó una iglesia, predicó incesantemente el Evangelio, y aumentó

mucho el número de los fieles, hasta que por una sublevacion popular, y contra la voluntad del rey, fué espulsado despues de haber tenido que sufrir las mayores violencias.

Lo mismo le sucedió á San Anscario en Hamburgo, en donde los normandos en una irrupcion imprevista todo lo llevaron á sangre y fuego, arruinaron la iglesia y el monasterio que con gran solicitud habia hecho edificar el arzobispo, y asolaron de tal modo el pais, que los que escaparon de la muerte y de la esclavitud, tuvieron que dispersarse lejos de allí despojados de todo (1). Los clérigos no llevaron mas que las reliquias; y el santo arzobispo que habia sostenido su rebaño hasta el último extremo, se puso con mucho trabajo en salvo, medio desnudo, y por entre espantosos peligros. Anduvo muchos años errante, sin bienes y sin recursos, abandonado de la mayor parte de sus discípulos, y cada instante á riesgo de caer en manos de los bárbaros, porque nada le pudo sacar de la peligrosa carrera del apostolado, cuyo ejercicio continuó con el corto número de operarios que le quedaban. Por último, le dieron el obispado de Brema que se unió al de Hamburgo, y desde allí sostuvo con una perseverancia jamás desmentida la mision de Suecia y la de Dinamarca, ó enviando de sus clérigos los mas celosos, ó yendo él mismo en persona con peligro de su libertad y de su vida, sin cesar de asegurar de todos modos los fundamentos del cristianismo. Suplia el Señor la falta de los medios humanos con la multitud de milagros que en la vida del santo arzobispo refiere San Remberto su discípulo y sucesor, cuyo testimonio es tanto mas creible cuanto que el Todopoderoso se complace en desplegar las maravi-

llas de su diestra en favor de las iglesias nacientes. Anscario siguió cultivando durante treinta y seis años, es decir, hasta su muerte (865), y sin jamás amortiguarse su celo, aquellas tierras bárbaras y homicidas. Si los alborotos civiles, las revoluciones multiplicadas, y todos los excesos de la barbarie impidieron que viviendo este varon apostólico fuese tan abundante la cosecha como se debia prometer, á lo menos la semilla evangélica, sembrada por su mano y regada con sus sudores, echó hondas raices que se desarrollaron con el tiempo y produjeron despues abundantes frutos de salud.

Entretanto la audacia de los propios hijos de Luis el Piadoso, alentada con la debilidad y negligencia de este, hizo á la autoridad imperial y paternal una injuria que hasta entonces no habia tenido que deplorar la Religion, que ellos tomaron por pretesto (1). Este padre, digno de mejores hijos si su misma ternura no los hubiera echado á perder, habia hecho soberanos, como ya hemos visto, á los tres hijos que habia dejado su primera muger Ermengarda, y les habia repartido sin reserva toda la estension de sus dominios. Se volvió á casar, y tuvo de la nueva esposa, á quien amaba mucho, un hijo llamado Carlos, y entonces conoció que se habia anticipado mucho en la reparticion de sus Estados. Judith, que así se llamaba la emperatriz, no podia llevar á bien el ver sin corona entre cuatro hijos del emperador al único que tenia de ella, y no se le podia coronar sin desmembrar los Estados de sus hermanos. Pero todo esto cedió á los deseos de una muger que sobre verse amada no la faltaba el atrevimiento ni la intriga. Sondeó primero á los reyes de Aquitania y de Baviera, y los halló intratables. Lotario no se mostró tan difícil, ó porque esperaba con su

(1) *Vit. S. Ansc. in act. Bened. num. 12; Annal. fuldens. et Met. ann. 845.*

(1) *Egin. et Astron. ad ann. 829.*